

LOS HISTORIADORES FRENTE AL BICENTENARIO

PRIMERA SESIÓN

Las representaciones del pasado: historia y memoria

Alejandro Cattaruzza

Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional de Rosario - CONICET

Nuestra historia, pensada para la comunicación universal de lo que pudiera verificarse mediante las pruebas y la lógica, ¿tenía alguna importancia para el recuerdo de aquella gente, recuerdo que, por su propia naturaleza, era suyo y de nadie más?

Eric Hobsbawm, en "La historia de la identidad no es suficiente".

I

Ante el horizonte de problemas tan vasto que dibuja el título propuesto para esta intervención, debo señalar que mis argumentos, en su mayor parte, estarán ceñidos sólo a uno de los modos en que se relacionan memoria e historia: la atención estará puesta en el proceso por el cual la memoria, los esfuerzos para actuar sobre ella, el olvido, los recuerdos, su producción y su poder se instalaron en un lugar relevante de la agenda historiográfica en las últimas décadas del siglo XX. Las preguntas a las que intentaré responder en cada uno de los apartados que siguen remiten, entonces, a esa transformación de la memoria en objeto de estudio de la historia, a los tonos que exhibió tal proceso en la Argentina, y finalmente, al modelo interpretativo que puede utilizarse para el examen de las disputas por difundir e imponer alguna representación del pasado, que siempre exhiben dimensiones políticas y sociales. Debo anticipar, por otra parte, que mis planteos descansan en la convicción de que los productos de la memoria, como cualquier otro conjunto documental, deben ser asumidos por el historiador con una imprescindible distancia crítica.

II

Fue hacia mediados de los años setenta cuando, en los ámbitos historiográficos europeos y norteamericanos, la memoria comenzó a

transformarse en un frente de investigación en ascenso. Es corriente admitir que luego de Halbwachs, historiadores como Paolo Rossi y Francis Yates trabajaron sobre la memoria en décadas previas a aquellos años, aunque cabe considerar si, efectivamente, se trataba de objetos de estudio semejantes. En cualquier caso, el movimiento de los años setenta fue disperso en sus primeros momentos y exhibió una acusada proximidad con otras especialidades, de las cuales la historia oral y la historia del tiempo presente –que también estaban en trance de consolidarse, aunque con ritmos diferentes ya que la primera contaba con un implante anterior– son dos ejemplos.

Las evidencias en las que se apoya este cuadro, alineado de manera parcial con el canon, son múltiples. Nathan Wachtel, por ejemplo, presentaba en 1971 *La vision des vaincus*; si bien no era el tema central, la cercanía con los problemas de memoria era clara. Por su parte, Philippe Joutard, en 1977, publicó su tesis doctoral referida a la transmisión social de recuerdos en torno a la rebelión de los *camisards*, de comienzos del siglo XVIII. Un año más tarde, Pierre Nora, en el volumen colectivo titulado *La nueva historia*, sostenía con énfasis que “la memoria es un problema histórico reciente, es nuestro problema”, y realizaba una apuesta fuerte: “El análisis de las memorias colectivas puede y debe convertirse en la punta de lanza de una historia que se precie de contemporánea”, concebida como una historia que asumiera plenamente los desafíos del presente. Hacia 1979, la editorial italiana Einaudi encargó a Jacques Le Goff la redacción de las entradas correspondientes a “Historia” y a “Memoria” para su *Enciclopedia*, mientras que en 1980, la revista *Dialectiques* presentaba un número especial titulado *Sous l'histoire, la mémoire*. Ese mismo año, *Annales* publicó el *dossier* titulado “Archives orales: une autre histoire?”, cuyos artículos estaban dedicados en gran parte a la memoria; dada la posición de la revista, el hecho es significativo.

Así, en lo que puede leerse como un primer balance que cubría casi una década, Joutard sostenía en 1986 que las “investigaciones individuales y coloquios” sobre la memoria colectiva “se han multiplicado durante los últimos cinco años”, aunque recordaba que la noción “ha entrado tardíamente en el campo del historiador, hace menos de diez años”, ubicando en aquel artículo que Nora publicó en 1978 el punto de partida. Nora había comenzado a presentar en 1984 los volúmenes de la obra colectiva que dirigía, *Les lieux de mémoire*, empresa que culminó ocho años después y que, con el tiempo, inspiró varias líneas de trabajo en distintos países.¹

¹ Sobre la relación de la obra de Wachtel con los estudios de memoria véase D. Guivarc'H, “La mémoire collective. De la recherche a l'enseignement”, en *Cahiers d'histoire immediate*,

La tendencia, sin embargo, no era sólo francesa: en 1982 aparecía *Zakhor; Jewish History and Jewish Memory*, de Josef Yerushalmi, con sello de la Universidad de Washington; en 1985, en *The Past is a Foreign Country*, David Lowenthal integró los temas de la memoria en una investigación todavía más amplia. La revista *History and Memory. Studies on Representation of the Past*, con sede en la Universidad de Indiana, se fundó más adelante, en 1989. Entramados con aquellas líneas de trabajo, pero con especificidad, los estudios sobre el Holocausto se renovaron a su vez en esta clave por entonces; nuevamente en Francia, Pierre Vidal-Naquet intervino con *Los judíos, la memoria y el presente* –que recogía artículos anteriores– en 1981. Pronto el debate fue alimentado por las nuevas polémicas alemanas acerca del Holocausto, a mitad de los años ochenta.²

De este modo, entre mediados de los años setenta y mediados de los ochenta, la memoria social no sólo conquistó legitimidad como objeto de estudio entre los historiadores, sino que también se volvió un campo muy frecuentado. Se contaba con investigaciones de base empírica fuerte y con propuestas programáticas; en muchos casos, incluso los públicos no especializados recibieron con entusiasmo aquellas producciones. La situación se prolonga, además, hasta el presente.

¿Cuáles fueron las causas de esos cambios? Es imposible ofrecer una respuesta acabada en este espacio, pero un intento más mesurado puede comenzar haciendo referencia a otras tendencias historiográficas contemporáneas. Desde este punto de vista, es posible entender la preocupación por la memoria como parte de las inquietudes historiográficas por las representaciones colectivas; también un capítulo, a pesar de los rasgos que le son propios, de la expansión de la historia cultural, o incluso del estudio de identidades sociales, por mencionar sólo algunas alternativas. En Francia, su marco pertinente parece ser la llamada nueva historia.

Groupe de Recherche en Histoire Inmediate, Universidad de Toulouse, núm. 22, 2002. Las citas siguientes en Pierre Nora, “Memoria colectiva”, en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel (dirs.), *La nueva historia*, [1978], Bilbao, Mensajero, 1988, p. 457; J. Le Goff, *Storia e memoria*, Turín, Einaudi, 1982. El número de *Annales* al que aludimos es el 1 de 1980, que incluye: F. Raphael, “Le travail de la mémoire et les limites de l’histoire orale”; N. Wachtel, “Le temps du souvenir”; J. Lequin, J. Métal, “A la recherche d’une mémoire collective: les métallurgistes retraités de Givors”. La última cita en Ph. Joutard, “Memoria colectiva”, en A. Burguière, *Diccionario de ciencias históricas*, [1986], Madrid, Akal, 2005. p. 468

² Acerca de la polémica alemana, puede verse W. Bernecker, “El uso público de la historia en Alemania: los debates del fin del siglo XX”, en J. Carreras Ares y C. Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003. Se recomienda además, para debates posteriores, la consulta de F. Finchelstein (ed.), *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva: el debate Goldhagen*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

Pero los historiadores dedicados al tema de la memoria consideraron también otras respuestas, que situaban no sólo su propio interés académico, sino también una tendencia de mayor envergadura y amplio arraigo social, en procesos y climas culturales muy vastos. En esa línea, sostuvo Nora en 1984 que “la razón principal de la promoción de la memoria como un agente dinámico y única promesa de continuidad” residía en que “el pasado ya no es la garantía del porvenir”. Lowenthal, por su parte, observó que hacia 1985, mientras “los escolares profundizan en la historia local y en los recuerdos de los abuelos”, los norteamericanos, “inseguros de su futuro, se consuelan *en masse* mirando hacia atrás”, actitud que también registraba en Inglaterra. En tanto, Paolo Rossi manifestó a comienzos de los años noventa que “el actual, casi espasmódico interés por la memoria y el olvido” estaba vinculado “a las siempre nuevas dificultades que se interponen a nuestros intentos de conectar, de un modo aceptable, el pasado, el presente y el futuro”. Está claro, en mi opinión, que Rossi no se refería sólo a las dificultades de sus colegas, sino también a otras, socialmente más extendidas. Más adelante, Joutard afirmaba que, luego de los “Treinta Gloriosos”, a finales de los años setenta “el tiempo del crecimiento había terminado y el de [la búsqueda de] las raíces comenzaba”. En la versión de Jean-Pierre Rioux, en las mismas fechas “los franceses, inmovilizados por la crisis, comenzaron a mirar [...] con complacencia y ternura las supuestas armonías anteriores”, añadiendo con una postura crítica que en ese ambiente “cada individuo, cada grupo formal o informal, proclamaba públicamente su identidad y casi pretendía ser su propio historiador.”³

A pesar de que deben tomarse con cautela y de que no todos ellos se alinean bien, estos panoramas son testimonios precisos del clima que reinaba en sectores intelectuales amplios. Exhiben, además, un tono de paradoja: desde la segunda mitad de la década de 1970, opinan estos historiadores, en razón del fin de las tres décadas de crecimiento económico sostenido en el mundo capitalista, de las dificultades que sufría el Estado de bienestar, de la crisis de grandes interpretaciones que hallaban en el pasado la clave para vislumbrar los futuros posibles, la coyuntura social y cultural cambió. Los obstáculos para conectar pasado y presente, la ansiedad ante un futuro sin certidumbres y desligado

³ Las citas, respectivamente, en P. Nora, “Entre mémoire et histoire”, en P. Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, París, Quarto / Gallimard, 1997 [1984-1992], tomo 1, p. 23; D. Lowenthal, *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998 [1985], pp. 5 y 6; P. Rossi, *El pasado, la memoria, el olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003, p.31. La cita de Joutard, en su trabajo “L’enseignement de l’histoire”, en F. Bédarida (dir.), *L’histoire et le métier d’historien en France 1945-1955*, París, Éditions de la Maison des sciences de l’homme, 1995, p.50 Cfr. J-P. Rioux, “La memoria colectiva”, en J-P. Rioux y J-F. Sirinelli (dirs.), *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1998, pp. 344 y 345.

del pasado, serían los rasgos de esa etapa que habrían contribuido a dotar a la memoria de significatividad; la memoria se tornaba importante precisamente cuando más amenazada se encontraba en virtud de aquellos obstáculos. El gran movimiento social y estatal de apelación al pasado que asumía muchas manifestaciones –entre las que se contaban los estudios de los historiadores sobre la memoria–, habría sido entonces uno de los resultados de aquel cambio.

A tono con estas imágenes, algunos autores han planteado que en toda Europa se desplegó un gran “ciclo memorial” luego de la Segunda Guerra Mundial; “tras una fase de ‘amnesia’” se “iniciaría una recuperación de la memoria, desembocando finalmente en una [...] auténtica ‘efervescencia memorial’, en la que se multiplicaría el uso de la palabra pública por actores y víctimas de toda clase y condición, rindiendo testimonio de su experiencia personal”. En algunos relatos, la caída de la Unión Soviética desató una “liberación de la memoria” que reforzó aquellas tendencias. Con los previsible matices nacionales, se habría pasado así del olvido a la cultura de la memoria.⁴ Un panorama que podría discutirse en parte si se tiene en cuenta el que en cierta ocasión propuso Andreas Huyssen: el primer momento de extensión y reformulación de los discursos de la memoria, políticamente muy críticos e inclinados a la recuperación de tradiciones, se habría dado en los años sesenta, enlazados con las guerras de liberación nacional.

III

Algunos de los elementos del bosquejo anterior pueden utilizarse para el examen de la situación argentina, comenzando por la historiografía.⁵ Entre 1976 y 1983, durante la dictadura militar, la historia universitaria no tomó nota del movimiento que, en el horizonte internacional, comenzaba a hacer de la memoria un campo de investigación. Ello se explica tanto por el tipo de historia, muy tradicional, que los profesores preferían en general, como por la cerrazón ideológica que exhibía la mayoría de ellos. Luego de la dictadura, la historia económica y social al estilo de los años sesenta fue, muy a menudo, la herencia a la que se apeló para la imprescindible puesta al día, mientras comenzaba a fina-

⁴ Las citas en Carreras Ares y Forcadell Álvarez, *op. cit.*, p. 42, nota 71, aludiendo a argumentos de H. Rousso planteados en “La guerre d’Algerie et la culture de la mémoire”, *Le Monde*, 5 de abril, 2002. Sobre Europa oriental, véase K. Pomian, *Sur l’histoire*, Paris, Gallimard, 1999, p. 266.

⁵ Para el análisis de lo más relevante de la producción local, que el espacio disponible impide en esta ocasión, me permito remitir a A. Cattaruzza, “Las investigaciones históricas sobre la memoria: ritmos y causas de la constitución de un área de estudios”, en Ariel Denkberg (coord.), *Historia: problemas y debates historiográficos. Aportes para su enseñanza*, Buenos Aires, Biblos, 2010.

lizar en Europa la primera década de crecimiento de los estudios sobre la memoria colectiva. Pronto, sin embargo, se organizaron proyectos de historia oral, que contaban con un antecedente muy lejano, de comienzos de los años setenta; uno de ellos se afincó en la Universidad de Buenos Aires, dirigido por Dora Schwarzstein, y de su tarea surgió el Archivo Histórico Oral de la UBA. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y en la de Cuyo se crearon programas semejantes y en 1993 tuvo lugar el Primer Encuentro Nacional de Historia Oral. La expansión continuó luego.

De todos modos, los estudios históricos que toman a la memoria como su objeto no se reducen a la historia oral, a pesar de las cercanías. Fue sólo en la segunda mitad de los años noventa cuando la memoria irrumpió con fuerza en la historiografía argentina, en un proceso en el que jugaron un papel destacado intelectuales provenientes de otras disciplinas. Para la historiografía, una cronología provisoria indica que varias líneas de trabajo se afirmaron a partir de 1996-1997 para devenir en libros desde 2000, aproximadamente. Se ha sugerido que, hacia 1995-1996, las declaraciones de Adolfo Scilingo y el vigésimo aniversario del golpe impulsaron la producción de relatos testimoniales sobre el terrorismo de Estado; aun si se acepta el argumento –que amerita alguna discusión–, queda pendiente la posible relación entre aquella inquietud historiográfica y estos otros sucesos, sobre la cual se sabe poco.⁶ En lo que hace a la base institucional, en 1999 se creó la Biblioteca Memoria, en el marco de un programa de investigación sobre la memoria colectiva y la represión en el Cono Sur, impulsado por el *Social Science Research Council*. El Archivo de la Memoria de la Universidad Nacional del Sur fue fundado también en 1999. En 1998 habían comenzado los primeros contactos que llevaron, en 2000, a la creación de Memoria Abierta, iniciativa de varios organismos de derechos humanos que, con la participación de científicos sociales e historiadores, ha organizado archivos muy importantes. Entre 1999 y 2000 se creó la Comisión Provincial por la Memoria, en la Provincia de Buenos Aires, que cuenta también con valiosos fondos documentales. Todo ello, debe tenerse en cuenta, sucedió con anterioridad a la crisis de 2001.

A lo largo de la década abierta en 2000 se produjo una ampliación sostenida del número de investigaciones y publicaciones referidas a la memoria, acompañada por la celebración de encuentros científicos y la organización de posgrados dedicados al tema. Tesis y becas financiadas por el CONICET y las universidades vienen a completar el cuadro: la

⁶ Véase, acerca de la cuestión en historia, Lucía Brienza, “La escritura de la historia del pasado reciente en la Argentina democrática”, en *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segretti”*, Córdoba, núm. 8, 2008.

memoria es en la Argentina de hoy un objeto de investigación histórica –y de las ciencias sociales en general– plenamente admitido, que conoca a muchos estudiosos.

Así, a pesar de las diferencias presentes en etapas previas, estos elementos aproximan la situación actual a la que se da en el contexto europeo; sin embargo, no dejan de percibirse notas propias que, quizá, sean compartidas con algunas otras historiografías latinoamericanas. Así, las investigaciones locales más características y frecuentes utilizan la producción de la memoria en investigaciones dedicadas al período 1970-1983, aproximadamente, y a sus temas: la violencia política, el exilio, el terrorismo de Estado. No abundan, en cambio, estudios sobre los intentos estatales de acción sobre las memorias sociales en el siglo XIX, por ejemplo. Por otra parte, muchos de quienes se dedican a estos problemas son miembros de una generación de historiadores cuya formación como estudiantes transcurrió en tiempos de la democracia, que maneja una biblioteca de referencia actualizada y tiene vínculos académicos con el exterior. En esas franjas, los vínculos existenciales y políticos con la violencia y la dictadura son distintos de los que sostenían grupos generacionales diversos. Probablemente, tal tono generacional sea una nota distintiva frente a otros casos.

Los procesos que ocurrieron más allá del campo estrecho de la historiografía están recién comenzando a investigarse. Existen, naturalmente, algunos trabajos interesantes y bien fundados; también indicios dispersos, como el que señala que ya hacia 1997, por las mismas fechas en las que se produjo el comienzo del fenómeno en la historia universitaria, en algunos medios de comunicación se indicaba que productos de la literatura de la memoria alcanzaban la categoría de *best sellers*.⁷ A pesar de aquel límite, pueden ensayarse algunas conjeturas; en principio, debo confesar que contra muchos de mis presupuestos me resulta por ahora difícil proponer la existencia de relaciones causales claras y estables entre coyuntura política y preocupaciones por la memoria en la Argentina posterior a la dictadura, salvo para los últimos años. Por otra parte, entiendo que aquellos movimientos no se vinculan aquí con la dificultad de enlazar pasado y presente que los habría alentado en Europa; por el contrario, parecen animados por la convicción de que la relación pasado-presente es fuerte y estrecha. Este, quizá, sea otro rasgo local notorio.

⁷ Ver *Clarín*, 15 de mayo de 1997; se trata de una entrevista a J. C. Chiaramonte y de otra a J. L. Romero.

IV

Más allá de las peculiaridades nacionales, la multiplicación de las intervenciones de “actores y víctimas de toda clase y condición, rindiendo testimonio de su experiencia personal”, suscitó inquietud en algunos historiadores: las palabras de Rioux que ya he citado, señalando críticamente que cada individuo o grupo “casi pretendía ser su propio historiador”, dejan entrever esa alarma. También Hobsbawm advertía que “la historia de la identidad no es suficiente”, subrayando las diferencias que veía entre su manera de relacionarse con el pasado como historiador y la de los sobrevivientes o los descendientes de las víctimas, en la cita que abre este trabajo. De esta manera, en muchos argumentos la memoria y los objetos culturales en los que se expresaba –entrevistas, testimonios puestos por escrito, autobiografías– fueron convertidos en uno de los polos de una supuesta disputa con la versión del pasado ofrecida por la historia. Una historia homogénea enfrentada, entonces, a una memoria igualmente uniforme.

Sin embargo, la atención a otros datos permite proponer un cuadro más matizado, que puede comenzar observando que los historiadores profesionales nunca gozaron del monopolio interpretativo del pasado. A lo largo del siglo XIX, los consensos en torno a cuáles eran los núcleos del método histórico se ampliaron y, en sus últimas décadas, la historia se convirtió en una disciplina universitaria que se inclinaba a organizarse como una profesión, lo que suponía cierto reconocimiento estatal. Pero esas circunstancias no garantizaron ni identidad entre las interpretaciones que los historiadores universitarios plantearon, ni la extinción de otro tipo de relatos que aludían al pasado, que por el contrario continuaron circulando y lo hicieron con eficacia. La novela histórica, la producción de divulgación, las memorias regionales que estudió Joutard los sostenían, mientras los intelectuales cercanos a los partidos o los funcionarios, por ejemplo, ofrecían los suyos. Una mirada sobre la situación presente que tuviera en cuenta esos antecedentes lograría tornarse más ajustada: la alternativa entre representaciones del pasado construidas de modo diverso y con objetivos distintos no se redujo, ni se reduce hoy a pesar de algunos cambios, a un conflicto entre la historia y la memoria, ambas uniformes, entre historiadores y testigos o participantes. Los actores y las representaciones en juego son muchos más.

Esta situación no es propia de un ámbito nacional específico. Hace pocos años, en Francia, muchos historiadores criticaron duramente una decisión parlamentaria de 2005 que estableció que los programas de estudio debían plantear “el rol positivo de la presencia francesa en ultramar, especialmente en África del Norte”. En la Argentina, la política

de derechos humanos llevada adelante por el gobierno en los últimos años, en particular con la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y de los indultos, tornó más apremiante la dimensión judicial de cierto modo de reconstrucción del pasado reciente. Es innecesario recordar que en los tribunales se produce un choque de interpretaciones, que los medios de comunicación amplifican y extienden hacia el campo político y cultural. A su vez, en Rusia el gobierno de Putin convocó a una reforma de los manuales escolares con el objeto de hacerlos útiles para la enseñanza de una “historia positiva” del país, que debía reforzar los sentimientos de orgullo nacional. Al parecer, uno de los manuales reformados destaca la racionalidad de las purgas de los tiempos de Stalin y las críticas ya comenzaron.⁸ Altos funcionarios, diputados, jueces, víctimas y testigos, represores, incluso historiadores, así como los diarios o la televisión, el cine o la industria editorial que lanzará al mercado los manuales de Putin pero también novelas históricas, participan entonces de estos conflictos buscando difundir alguna interpretación del pasado.

El registro de estos procesos, los antiguos y los actuales, hace visibles los límites de la mirada que detectaba sólo un enfrentamiento exclusivo entre memoria e historia. Un modelo de análisis que, en cambio, ubique en su centro la existencia de múltiples disputas por el pasado y las entienda libradas por varios y heterogéneos actores parece mucho más ajustado. En este planteo, la memoria deja de ser concebida como opuesta, “inferior” o “superior”, a la historia, y ambas pasan a ser plurales: los discursos históricos y los de la memoria son aquí modos de referencia al pasado entre otros existentes, que cuentan con notas y cualidades particulares y diferenciadas, tanto como lo son sus objetivos.

Este último parecer no sólo se funda en convicciones profesionales, sino también en mi experiencia de colaboración con organismos de derechos humanos. Así como los productos de la memoria poseen a veces el poder de dar sosiego, de animar o de conjurar parcialmente el olvido, es necesario que quienes concebimos de cierto modo la tarea del historiador recuperemos el objetivo propio, que es ofrecer cuando menos un bosquejo explicativo, unas respuestas construidas con rigor, aun si son provisionarias, a las preguntas formuladas al pasado. Sabemos hoy que no habrá unanimidad interpretativa y, como ha dicho John Berger a propósito de temas muy lejanos, se tratará de respuestas ambiguas, que apenas pueden aproximarse a “la verdad como una incertidumbre”,

⁸ Véase H. Rousso, “Mémoires abusives”, publicado en *Le Monde*, 24 de diciembre de 2005; disponible en línea; y M. Sokolov, “Poutine, professeur d’histoire”, en *Booksmag*, núm. 3, marzo de 2009

pero ello no nos exime de la tarea de intentar una reflexión histórica, entendida en estos términos, sobre el pasado.

Tal reflexión reclama como condición obligatoria la toma de distancia frente a los relatos de la memoria, un testimonio como los demás. Esa operación de establecimiento de distancia crítica será además útil cuando, como puede ocurrir pronto, también la memoria de los victimarios comience a expresarse con más frecuencia. En este punto quizá valga la pena recordar la declaración de Primo Levi, víctima que se propuso con tanto empeño dar testimonio: “Haber estado implicado personalmente no me ofrece elementos de explicación; puedo proporcionar datos, pero razones no.”⁹ Justamente allí comienza la tarea del historiador tal como la entiendo y como la he planteado en este escrito. Ni el destino que los resultados de este trabajo tendrán en la sociedad ni su eficacia están asegurados, desde ya, pero a mi juicio la empresa vale por sí misma, tal como vale el ejercicio de la memoria.

⁹ Cfr. P. Levi, *Deber de memoria*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006. Se trata de una entrevista realizada a Levi en 1983 y publicada en 1989 y, en formato libro, en 1995, en Francia